

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre* (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Al Mar*, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Zaida Sobetha* (continuacion), por don Federico de Sawa.—*Un interior de diligencia*, conclusion, traduccion por D. José Marco.—*El lucero de la tarde* (continuacion), por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—LÁMINA—Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXI.

VALENTINA Á MADAME HONORIA.

Urrea de Jalon, agosto de 18...

Ha habido siempre en mi alma, señora y amiga mia, un sentimiento irresistible de confianza que me arrastra hácia V.: si en el largo espacio de mes y medio solo la he escrito una vez participándole mi llegada, ha sido porque estaba sumergida en un abatimiento profundo; porque era tal el desaliento que invadia mi espíritu, que apenas podia ni queria darme cuenta de si existia.

Hoy me parece revivir: todo alrededor de mí es movimiento y ruido: anoche llegaron Clara y su madre al castillo de la señora Mariscala, y hoy ha llegado el hijo mayor de la misma; ¡qué bella es su figura! no podia yo presumir que hubiera en el mundo un jóven semejante: ¡qué elegancia en los menores detalles de su traje de camino, y en todos sus ademanes!

Cuando entró, acababa yo de llegar tambien; pues apenas estoy mas que las horas precisas para el sueño en casa de mis padres: aquí me ahogo: y no puedo menos de dar gracias al cielo por haber traído á la señora Mariscala y á

AÑO 1.—NÚMERO 32.

Mélida, que me ha presentado á ella y me lleva cada dia á su casa.

El hijo de la Mariscala pareció sorprendido de hallarme allí: me saludó con galantería, y luego se quedó mirándome como si estuviera lleno de pasmó: yo me ruboricé sin saber por qué, y bajé la cabeza poniéndome, á lo que creo, muy colorada.

Ya hacia algunos minutos que los dos permanecíamos silenciosos, cuando se abrió la puerta del salon y apareció Clara.

Entonces levanté los ojos, la miré... y lo confieso... porque á V., mi querida señora, se lo he confesado siempre todo... ¡tuve un instante de triunfo...! ¡Si! aquella Clara, orgullosa, que en la pension afectaba despreciarme siempre: aquella Clara, que ya que no podia eclipsarme en belleza, hacia siempre un estudio para eclipsar la humilde sencillez de mis trages con la esplendidez de sus adornos; aquella Clara que me ha odiado siempre instintivamente, palideció... y la ví temblar de un modo doloroso y convulsivo al reparar la expresion de la mirada que su futuro esposo fijaba en mí.

—Mélida la llama á V., me dijo duramente y sin mirarme.

Yo, para humillarla, hice una cortesía con toda la gracia posible al hijo de la Mariscala, y pasé por delante de Clara sin mirarla tampoco.

Yo espero, señora, que no me reprenda usted por esto, puesto que, en las frecuentes contiendas que tenemos Clara y yo, me daba casi siempre la razon contra sus injusticias.

¿Hay algun mal en que me salude su novio? ¿se le ha de escapar por eso esta rica boda? ¡qué diferencia entre Clara y Mélida!

Esta va á dejar hoy mismo la casa de mis padres: ¡es natural! su madre y su hermana van á habitar el opulento castillo de Montemar, y Mélida no ha de habitar entre labriegos como nosotros!

La noche pasada ya ha dormido allá; pero
31 DE AGOSTO DE 1864.

esta mañana vino á recoger su equipaje, pues ya sabe V. sus modestas costumbres, y que todo cuanto puede se lo hace por sí misma: la doncella, que la acompañó, para nada tuvo que incomodarse, y la misma Mélida ordenó en cajas de carton sus vestidos, sus sombreros y pañoletas.

De todo esto me dió muchas cosas con su natural generosidad; su mejor canesú, sus pendientes mas bonitos, su cruz de perlas, me lo fué presentando con su gracia inimitable y me decia:

—Esto para tí: esto para que lo uses en nombre mio.

—¿Por qué te marchas? le pregunté tristemente: ¿por qué te separas de mí?

—Valentina mia, contestó abrazándome: tú ya estás curada por ahora: ya estás contenta y eres feliz: debo, pues, ir al lado de mi madre y de mi hermana: pero ¡ay! añadió: ¡yo soy ahora a triste y dolorida! ¿qué será de Juan Bautista? estará enfermo como cuando se fué? ¿sabes tú algo de él?

—¿Qué escucho! esclamé yo sorprendida: en medio de la pompa que te rodea: de esa nube de encajes y diamantes preparada para tu hermana: bajo el techo dorado de ese castillo, ¿piensas en Juan Bautista?

—Sí; me respondió bajando la cabeza para ocultar una gruesa lágrima que brotaba de sus ojos: ¡pienso en él!

—Pero ¡Dios mio! ¿estás loca? ¿qué hallas en ese muchacho palurdo que te agrada?

—Todo, respondió ella: la noble sinceridad de su carácter: su amor filial, y en particular, Valentina, le agradezco el amor que me profesa: solo sé yo querer á las personas que me manifiestan afecto, y el mio está siempre basado en la gratitud: si tú hubieras amado á Juan Bautista, y él á tí, nada hubiera yo sentido nunca por él.

—¿Luego tu puedes mandar á tu corazon?

—No: pero hay dentro de mi alma alguna cosa tan grande y tan fuerte que hasta al corazon puede dominar.

—¿Y cuál es?

—El sentimiento del deber: Valentina, muy bueno hubiera sido para todos, y mas aun, para tí misma, que te casaras con Juan Bautista; porque, mira, ahora estás curada de tus melancolías, pero solo momentáneamente: cuando todos nos alejemos de aquí, serás mas desgraciada que nunca, porque verás irrealizables todos los sueños de tu vanidad.

—Dejemos eso, le dije impaciente, y díme si quieres que escriba á Juan Bautista.

—¿Para qué?

—¿Para que vuelva!

—No: no creo que por mí desobedezca á sus

padres que le han enviado á donde está, ni quisiera que lo hiciese: además, mi madre, tan buena, tan generosa, es el árbitro de mi suerte: ¡oh, Valentina! si supieras qué tierna es su última carta!... pero aquí está; toma, lee, y conocerás hasta qué extremo debo yo adorar á mi madre.

Y Mélida sacó de su pecho una carta llena de señales de lágrimas: era la que le habia escrito la condesa antes de salir de Barcelona, y en la que, con gran asombro mio, ví que casi le promete casarla con Juan Bautista.

Mélida salió poco despues, no sin volver á recoger su carta y guardarla como si fuera su mas rico tesoro.

Yo he quedado sola con la cabeza aturdida por tantos incidentes estraños como se han sucedido hoy: lo que mas me impresiona es ese lujo deslumbrador que se va desplegando en casa de la Mariscala: desde la ventana de mi pobre cuarto, veo pasar á cada instante convidados de las quintas vecinas y de la capital en sus carruages, y criados, á caballo, que van á buscar diferentes objetos; veo tambien abiertas de par en par las ventanas del comedor, y brillando sobre la gran mesa de jaspe las deslumbradoras vajillas de oro y plata.

Inmensas tripodes de oro, enriquecidas de turquesas y ópalos, sostienen enormes ramilletes de flores; pues hoy hay gran convite en celebridad de la vuelta de César de sus viajes.

Un temor tengo que parecerá tal vez pueril al elevado talento de V., pero que es cruel y amargo para mí: ¿me convidarán á mí al banquete? por un lado pienso que sí, porque la Mariscala me profesa afecto: por otra parte creo que Clara es desde hoy mi irreconciliable enemiga y que ella evitará á toda costa el que me sienta á la mesa, haciéndome este desaire para vengarse de que su novio me haya dedicado una mirada.

En tal estado, señora y amiga mia, escribo á usted: cuando pienso y siento, quiero comunicarlo todo á mi querida directora, á la que me amaba y elogiaba lo poco bueno que habia en mí, al mismo tiempo que reprendia lo que llamaba *mi incorregible vanidad*: por esto, dulce protectora de mi infancia, quiero sujetar á su fallo todas mis impresiones y que sepa así cuán tierno é invariable es para V. el cariño de

VALENTINA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

AL MAR.

Dame de tu armonía poderosa
para cantarte ¡oh, mar! un solo acento,
y déjame que ansiosa,
llena de asombro, á contemplarte vaya
de la tarde al reflejo amarillento.
Inmóvil, muda, en la desierta playa
mientras muere la luz en el Oriente,
siento afluir al corazón la vida:
siento el dedo de Dios sobre mi frente
y siento el alma de entusiasmo henchida.

Mas ¿qué te he de decir? ¡en mi garganta
há tanto tiempo ya que se ha estinguido
mi flébil armonía!
no hay en mi boca acentos,
que aquí encadena la medrosa planta
tu elocuente y terrible poesía.

Mas ¿no cantan los vientos
rizando alegres tus soberbias ondas?
¿no besa el sol tu nacarada espuma
vistiéndote nevadas, ricas blondas
con tierno amor y con belleza suma?
¿Qué te puede decir la voz humana
si, ansiando acariciarte,
la espléndida natura se engalana?
La vida entera me parece corta
solo para admirarte
y por eso ante tí me quedo absorta.
Pero la inmensa agitacion del alma
no es hija, no, de pavoroso espanto:
hija es de la alegría:
que, en tu voz colosal, el alma mia
los ecos oye de su propio canto!

De la infancia cruzaba
la hermosa senda con ligero paso
y á la orilla del Ebro me sentaba
de la apacible tarde en el ocaso.
¡Cuántos sueños entonces
por mi mente cruzaban vagarosos!
Veía alzarse las mugientes olas
y, á los rayos del sol esplendorosos,
ondear las enhiestas banderolas
de las naves, que ancladas,
meciéndose arrogantes,
con las nubes azules y doradas
confundían sus mástiles gigantes.

¡Ah! ¡Cuántas veces, agitado el seno
por ardiente entusiasmo, despertaba
el tierno corazón de gozo lleno!
y al ver el río, que á mis pies jugaba,
y al comprender mi engaño,
un sollozo vendía
mi amarga pena y mi pesar profundo,
y acusaba mi triste desengaño!
En mi pequeño mundo

faltaba aire á mis venas,
luz á mis ojos, á mi afan espacio,
y fabricar quería,
rompiendo de mi infancia las cadenas,
en el cielo ó el mar, ancho palacio!

Mas luego la razon, de mi albedrío
cortar logró las atrevidas alas:
sujetóme á la tierra;
al entusiasmo le arrancó sus galas,
y solo me dejó para consuelo
los ecos de la dulce poesía
que hasta mi mente descendió del cielo.
Entonces, dí á las flores
y á las aves, y al sol, mi pobre canto
y ensalcé de la luna los fulgores,
del valle la armonía,
y alabé cuanto existe bueno y santo.
Mas exhausta la vena
fué de mi inspiracion en tiempo breve:
campo faltóle al pensamiento y brio,
y de tristeza llena
desvanecerse ví, cual humo leve,
el eco postrimer del canto mio.

Cual sierpe soñolienta
á mi débil cabeza se enroscaba
la prosa miserable de la vida
de mi alegría, y de mi paz sedienta.
Asióme el mundo entre sus férreos brazos:
de mi apacible soledad querida
rompió los dulces lazos,
y los locos festines,
que marchitan las flores y las frentes,
mis horas disputaron.
Mi santa inspiracion huyóse al cielo,
y solo me quedaron
eternos días de angustioso anhelo.
Hallé insensatas gentes
que, en bárbaro delirio,
ceñíanse gozosas
la corona punzante
de voluntario y funeral martirio.
Mi blanca vestidura,
por galas recamadas y costosas
troqué, imitando su febril locura,
y me ceñí diadema deslumbrante
de falsas perlas y mentidas rosas!

¡Cuánto tiempo lidié con el hastío!
¡Cuánto tiempo luché con la indolencia!
Tú lo sabes ¡Dios mio!
Tú, regenerador de mi existencia!
Tu, que asiendo mi mano, me has traído
ante ese mar grandioso
que canta tu alabanza en su rugido.
Tú estás en él: de tu presencia angusta
miro la majestad: aquí, en sus ondas,
veo el reflejo de tus santos ojos:
en sus mugientes ecos, tus enojos:
y el corazón te siente, aunque á la vista,

ara que mas te busque, mas te escondas.
 En su salubre ambiente
 huyen las nubes de la mente mia,
 dilátase mi pecho fatigado,
 pierde su palidez mi triste frente
 y siento el corazon regenerado
 y á raudales brotar la poesía.
 ¡Cómo temerte, pues, ¡oh, mar inmenso!
 Cual sierva degradada
 uo con pavor intenso
 puedo temer tu cólera imponente:
 á tu lado sentada
 vengo á pedirte con afan profundo
 tus caricias de amor para mi frente.
 ¿Puede temerte acaso
 la que te pide olvido para el mundo?
 ¡No! Cuando baje el sol hácia su ocaso
 cada dia vendré, y aquí, en tu orilla,
 te contaré mis sueños, mis pesares,
 y amorosa y sencilla
 para tí entonaré nuevos cantares.

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO. 
 Valencia, 1861.

ZAIDA SOBEIHA.

EPISODIO ÁRABE.

(Continuacion.)

—Yo no puedo obrar de otra suerte, el que es noble sabe dominar sus pasiones; el bien nacido cumple siempre sus deberes.

—Oye, Sobeiha, yo te adoro: otra que no tú, al verse por mí q erida, enloquecería de orgullo, porque soy el segundo caballero del imperio de Marruecos: yo no quiero mancharte, profanarte, no; yo no quiero que seas mi manceba, quiero que seas mi vida.

—Dejemos esta conversacion, walí; me incomoda: si para eso solo has venido, vuélvete, porque nada conseguirás. La fatalidad ha hecho que te prendes de mí; procura reprimir tu passion porque es una quimera.

—Culpa á tu suerte, culpa á tu belleza... pero no á mí. Te he dicho que, sin tí, la vida me ansa; he suplicado por primera vez, y dentro de breves instantes, acaso podré mandar; no resistas, no despiertes al leon que duerme, porque ¡guay de tí y los tuyos entonces! no quedará ni aun la memoria de lo que son... Piénsalo bien, y respóndeme.

—Suceda lo que suceda, mi resolucion es irrevocable, replicó con régia altivez Sobeiha, véte... walí, véte.

—Desoyes mi súplica, te niegas á amarme y me arrojas de tu lado!... En buen hora; treinta de los mas valientes de los míos me esperan

ocultos, á corto trecho de aquí, en la espesura de ese bosque; á una señal, á un grito mio, estarán aquí, y nadie te volverá á ver mas que yo, tu amante despreciado; y no quedará de lo que fué tu morada otra cosa que escombros y cenizas... O accedes á mi amor de grado, ó apréstate á seguirme por fuerza, porque á todo vengo resuelto.

—Tú no harás eso que dices, walí Abu Bekir: contestó á su espalda una voz severa y reposada.

El walí volviósese como un leon herido.

En la puerta del retrete, cruzados ambos brazos, en actitud grave y sombría, estaba Omar ben Ahmed.

—¡Ah, tú!... sin duda su protector, su amante... ¡el que roba mi felicidad!... contestó con voz ronca Abu Bekir, cuyo rostro jaspeaba el furor.

—No te has equivocado, walí, soy su amigo, su amante; el que protege la tímida avecilla contra las garras del neblí.

—¡Gualá!... ¿Y piensas que desistiré de mi empeño? ¿que temblaré delante de tí?... Tiemblo, sí, pero es de ira. Aláh, necesito una víctima, y la encuentro: y el walí se avanzó al ajiméz y gritó con voz de trueno: ¡Ah de los de Lamtuna, aquí!...

Y luego, rugiendo de cólera, desnudó el yagagan, cuya limpia hoja destelló fulgurantes y fatídicos reflejos.

Omar se hizo atrás, lució su acero y se preparó á luchar.

Zaida cruzó las manos, é interponiéndose entre ambos rivales, exclamó doliente:

—¡Piedad... piedad de mí!...

—¡Afuera! contestó rudamente el walí blandiendo el arma y precipitándose sobre Omar.

Corta fué la lucha.

Omar, cayó sin exhalar un grito, atravesado el pecho de una estocada.

Zaida, pálida como la cera, sin llorar, porque su llanto estaba comprimido en el corazon, se arrodilló junto al cadáver, lo besó en la frente con ternura, murmuró algunas palabras ininteligibles, y oró por su amante.

Un cuarto de hora despues, el escuadroncillo de Abu Bekir se encaminaba al real, llevando prisioneras á Sobeiha y Kinza.

El palacio habia sido incendiado, y los cinco esclavos habian muerto como buenos, defendiendo á su señora.

Los lantunies dejaban tras de sí la consternacion y la muerte.

IX.

Trascurrieron algunos dias.

Abu Bekir, cada vez mas indomable y fiero,

contrareestado por el violento amor que sentía hacia la sultana, apretaba el cerco y hacia frecuentes escaladas en los muros de Sevilla, talaba los campos, incendiaba las mieses, y no parecía sino que el fatal géniio del esterminio batía orgulloso sus lúgubres alas en torno de la ciudad, que contemplaba horrorizada estos desmanes sin poder evitarlos; y aunque los muslines resistían bravamente, haciendo gallardas salidas y teniendo varios encuentros, la suerte les era tan adversa, que de ordinario volvían mústios, cabizbajos, dejando tendidos en el campo los mas esforzados campeones de sus táifas.

De la corona de Aben Abed, desaparecían sus mas bellos adornos.

Entre las muchas ciudades que componían su reino, solo le quedaban Sevilla y Carmona; las demás habían caído en poder de los almora-vides.

Faltos de víveres, acosados diariamente por los enemigos, pidieron los vecinos á Muhamad que concertase alguna avenencia, pues érales imposible resistir á los que tales proezas hacían.

El rey formó su consejo, y vistas la postración y miseria en que estaban, asentaron capitulaciones con Abu Bekir, el cual les concedió seguro de vida para los moradores, incluso el amir y su familia.

Los lamtunies alzaron el campo, desplegaron sus victoriosas banderas, y al son de guerreros instrumentos entraron en la ciudad el domingo diez y nueve de la luna de rejeb.

Abu Bekir hizo prisioneros al rey y los de su familia, y bien escoltados los envió á Africa, no sin gran dolor, al perder de vista su encantado suelo, sus bellos alijares, y al ver desvanecerse como un sueño su pasada grandeza.

(Se concluirá.)

FEDERICO DE SAWA.

UN INTERIOR DE DILIGENCIA

por

EMILIO SOUVESTRE.

(Conclusion.)

—Y bien, qué? preguntó sonriéndose el militar; yo soy Luis Duroc.

—¿De veras? gritó Gontran: seréis vos?...

—Sí, yo soy el obrero en cuestión; no hay una necesidad de decirlo á todo el mundo, pero tampoco la hay de ocultarlo. Ocho días despues de aquel suceso entré al servicio, y mi regimiento partió para Argel, cuya circunstancia me quitó la ocasión de volver á ver á las personas que iban á perecer; pero abrigó la espe-

ranza de conseguirlo durante mi permanencia en Lyon.

—Yo tendré una indecible satisfacción en presentaros á ellas, dijo vivamente Gontran tendiéndole su mano, porque yo quiero, señor Duroc, que los dos seamos amigos.

—Nosotros amigos? repitió el militar, que, confundido, clavó su mirada en Gontran.

—Ah! olvidad todo lo que ha pasado entre nosotros, exclamó este: por mi parte, estoy pronto, si es preciso, á reconocer que yo he tenido la culpa...

—No, interrumpió Duroc; no, vivo Dios! mi mala cabeza es la que lo ha ocasionado todo, y, bajo palabra de honor, os confieso que me pesa. Maldita costumbre de regimiento! Para que no le tomen á uno por un gallina, se le obliga á dar sablazos á todo vicho viviente y en todas ocasiones; pero yo tengo buen corazón, y por lo tanto, amigo mio, todo queda completamente olvidado.

El subteniente, enternecido, estrechó cordialmente la mano de Gontran.

Lepré apretó igualmente la suya.

—Bravo, bravo! gritó; sois un verdadero francés... lo mismo que el señor... y entre franceses todo debe arreglarse. Yo estoy sumamente contento por haber tenido la ocasión de conoceros; y, á propósito, sabéis que ha sido una fortuna el que yo os obligara á que me dijérais vuestro nombre, á lo cual, entre paréntesis, os resistiais? A no ser por mí, no hubiéramos sabido lo mucho que valeis.

—Es verdad! observó Grugel mirando á Gontran; si este caballero hubiera sido menos *habrador*, no hubiera tenido lugar esta esplicación, y sin ella mi primo viviria equivocado acerca del verdadero carácter del señor Luis Duroc. Ya veis querido Gontran, que la casualidad parece que se ha encargado de apoyar mi tesis, y que todo el honor de la jornada es para mí.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, se detuvo la diligencia.

Habían llegado á Lyon.

Los viajeros, al apearse, encontraron el patio de la administración de las diligencias lleno de parientes ó de amigos que les aguardaban.

La noticia de la desgracia acaecida el día anterior se había estendido por la ciudad y había escitado las mas crueles angustias.

Al poner Gontran el pié en el estribo para bajar, oyó pronunciar su nombre, volvió la cabeza hacia el punto de donde salía la voz y vió á su hermana, á quien la inquietud había hecho olvidar su desavenencia.

La hermana de Gontran se arrojó, al ver á este, en sus brazos dando un grito de alegría.

Ambos permanecieron abrazados largo rato sin decirse una palabra, pero derramando abun-

dantes y sentidas lágrimas; y cuando se miraron, cuando se estrecharon la mano sonriendo, ya se habían reconciliado.

Gontran y Grugel, al salir de la casa de las diligencias en compañía de la hermana de aquel, volvieron á encontrar á sus compañeros de viaje.

Baruau y Lepré les saludaron.

Luis Duroc les renovó la promesa de visitarles.

La señorita Athenais de Locherais pasó sola sin mirarles y dedicada exclusivamente al cuidado de su equipaje.

Grugel se volvió entonces hácia Gontran.

—Esta es la única contradicción de mi doctrina, dijo señalando á la solterona. Los demás compañeros se han rehabilitado mas ó menos á nuestros ojos: el gloton proporcionándonos una cena, el charlatan revelándonos un secreto útil, el pendenciero dándonos un testimonio de su noble arrojo; pero ¿de qué nos ha servido el frío egoísmo de la señorita de Locherais?

—De hacerme apreciar lo que vale la generosidad y la ternura, respondió Gontran, que apretó el brazo de su hermana contra su pecho: ahí yo adopto vuestro sistema, primo mio; desde hoy viviré persuadido de que todas las cosas tienen un lado bueno y que lo que hace falta solamente es saber buscar la *veta de oro!*

(Traducción.)

JOSÉ MARCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuación.)

—No: Adrian me aconsejó pedir de nuevo, hablar al señor de Herrera; él me condujo al sitio por donde debía pasar, él le habló, él, en fin, para acallar su voz, disparó el arma fatal.

—¡Insensato! tú á tu vez te envileciste también.

—Pero ya lo sabe V. todo; Dios sin duda ha puesto esta causa en sus manos para que pueda salvarme.

—¿Pues qué? ¿juzgas que torceré en tu favor la balanza de la ley? ¡no! El criminal y su cómplice, ambos serán castigados; ambos expiarán su delito, y aun esto será insuficiente para satisfacer al que por ellos ha perdido la libertad, la paz, y que hoy en una prisión padece siendo inocente.

—¡Pablo Cisneros!

—Sí, Pablo; ese jóven digno y honrado á quien hubiérais dejado perecer, si la mano de la Providencia no le hubiera salvado valiéndose de Andrés.

—¿Ese hombre por quien mi hermana tanto se interesaba?

—Sí, ese.

D. Alonso pensó entonces en Luisa, en el secreto que no le había podido arrancar al tratar de la suerte de Cisneros, y exclamó con profunda emoción:

—¡Oh! ¿si tendré también que lamentar una nueva desgracia? ¿si mi hija...?

No pudo acabar, pues su pensamiento se confundió entre tantas y tantas emociones. Mas recordando el mal que atormentaba á Luisa y el profundo pesar que la causaba la acusación de Pablo, quiso volar á su lado para noticiarla que en breve quedaría aquel libre, y rehabilitado á los ojos de todos, pues estaba probada su inocencia.

—Quédate, dijo á Julio, y espera mis órdenes.

—Pero...

—Ni una palabra mas: desde este instante he dejado de ser tu padre para convertirme en tu juez.

Y sin mirar al desgraciado jóven, salió de la estancia, dirigiéndose al dormitorio de Luisa.

Como nada, había dejado sospechar á Mendoza de su conocimiento en los hechos pasados, no se cuidó de asegurar su persona, pues juzgaba, y con sobrada razón, que él no intentaría fugarse seguro de su impunidad.

Sin embargo, sus calculos eran erróneos, pues Adrian, suspicaz y receloso como el que tiene una culpa pesando siempre sobre la conciencia, había quedado junto á la puerta del despacho, esperando una ocasión de hablar á Julio.

Por esta razón pudo ver la salida de don Alonso, y hablar un instante con su amigo, luego que este quedó solo.

Por él supo todo lo acaecido momentos antes, y que ambos estaban descubiertos y señalados por la ley.

La sorpresas de Adrian y su furor fueron terribles en el primer momento, mas despues meditó algunos instantes, y con aquella terrible sangre fría y aquella calma cruel que le eran habituales:

—¡Bah! dijo: mi situación no es tan apurada; aun tengo medios de comprar mi libertad, y en cuanto á tí, puedes estar seguro de que tu padre ocultará tu complicidad en este asunto, con mas interés que la hubieras ocultado tú mismo.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—Escucha, ya es tiempo de que lo sepas todo. Tu hermana, tu Luisa, el ángel de que me has hablado mil veces con entusiasmo...

—¿Qué?

—Es madre de una niña, criada con el mayor secreto en la cabaña de Marta.

—Mendoza, ¿qué dices?

—La verdad.

—¡Oh! tú calumnias á Luisa.

—Te juro que no.

—¡Mi hermana! no; no es posible.

—Déjate de vanas palabras y escucha. La niña es hija suya, no hay duda en ello, y esto nos puede servir admirablemente.

—¡Dios mio, Dios mio! dijo Julio con dolor: ¡cuántas desgracias en solo un día!

—¡Desgracias! tú te alarmas por bien poca cosa; sobre todo cuando te he dicho que esta circunstancia es mi esperanza de salvacion.

—Mas...

—Clara está en mi poder.

—¿En tu poder?

—Sí, la robé á su nodriza con el objeto de ligar á su madre, y ya ves que Luisa ha callado, cuando lo sabia, ó al menos lo sospechaba todo.

—¡Desgraciada! ¿pero qué intentas hacer?

—Obligarla á que alcance de tu padre mi perdon, ó los medios de huir mañana mismo.

—¡Oh! ¡Adrian, Adrian! ¡nuevas luchas, nuevas lágrimas!

—Es forzoso, bien lo sabes.

—Pero esa niña ¿dónde está?

—En un paraje ignorado y seguro.

—¿Sola?

—Sí: no he tenido confianza en nadie para hacerle depositario de tales secretos. Yo he cuidado de ella, llevándole lo necesario: al principio lloraba y se desesperaba, mas despues duerme ó juega, y ya no grita tanto.

—¿Y cómo vas á hacer...?

—Pienso escribir á tu hermana, y despues ocultarme hasta lograr mi pasaporte para salir de la ciudad, pues creo inútil intentarlo ahora, cuando tu padre haria que me detuviesen á los primeros pasos.

Julio bajó la cabeza abatido y triste: la idea de soportar él solo las consecuencias de aquel crimen, le espantaba y le hacia estremecer.

—¡Te vas! murmuró al cabo; ¡ay! tú serás mas feliz que yo.

—Buen remedio: sígueme tambien; aun podemos disponer de algun dinero de los diez mil duros del señor Herrera, y cuando esto se concluya...

—¡Mendoza!

—¡Eh! ¡qué diantre! cuando esto se concluya, tu padre no te dejará morir de hambre; ya veremos el modo de obligarle á...

—Pero ¿ese oro?...

—Con él he mandado pagar á tus acreedores.

—¡Ah!

—Sí, además aun queda en mi poder parte de

él y doy gracias á la casualidad, pues si no fuera así, no sé lo que haria.

El jóven estaba meditabundo y sombrío: vacilaba á su pesar, pues los consejos de Mendoza halagaban su pensamiento.

Adrian habia cogido una hoja de papel y trazaba en ella algunos renglones.

Era una carta dirigida á Luisa.

Una carta en que la amenazaba de nuevo, poniendo otra vez á prueba su santo amor maternal.

—Cuida de que este papel llegue á manos de tu hermana, dijo Mendoza á su amigo, y adios; voy á salir de esta casa y á separarme de tí; no olvides cuanto te he dicho.

—Adios, murmuró Julio.

CAPÍTULO XV.

D. Alonso habia llegado entre tanto al cuarto de su hija, que se hallaba levantada hacia un instante, y que sentada en un sofá pensaba en su esposo, en su hija, cuyo paradero ignoraba, y dirigia á la Reina del cielo las plegarias de su inquieto corazon.

La jóven estaba pálida y enflaquecida; tantos dias de duda y pesar habian estampado una triste huella sobre su dulce y hermoso rostro.

La puerta de la habitacion se abrió, y la figura severa del señor de Padilla se dejó ver á su entrada.

Luisa se estremeció al ver el aspecto del anciano y tomó una de sus manos, llevándola con efusion á sus lábios.

—He venido, le dijo este dominando con notables esfuerzos la emocion dolorosa que le embargaba; he venido á decirte, hija mia, que el hombre por quien á tu pesar has manifestado tal desvelo y afán, está justificado, y en breve estará en libertad exento de toda acusacion.

(Se continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trages de campo y estacion de baños.

Fig. 1.^a—Vestido de foulard de las Indias, esto es, muy fuerte, blanco, guarnecido en el borde de la falda por un volante pequeño montado á tablas regulares: sobre este volante, hay otro que describe ondas pequeñas de tafetan malva; del remate de cada onda descende una cinta de color de malva, que llega casi hasta el fin del volante blanco: el espacio de cada onda está además ocupado por tres cordoncitos de seda, de los que penden tres bellotas igualmente de seda.

Camiseta de muselina plegada, que hace las veces de cuerpo, y lleva en el escote un entredos de encaje por el que se pasa un terciopelito negro.

Paletot de la tela de la falda, adornado al derredor por un volantito malva y bellotas: el mismo adorno se repite en la parte superior de las mangas, formando jokey y en la inferior, que además está un poco abierta en la costura del codo, y vuelve en forma de solapas, forradas en tafetan malva.

Este lindo paletot lleva además cuello y solapas de tafetan malva estas últimas adornadas de bellotas lo mismo que los bolsillos: los cuatro botones, que abrochan el gaban, son igualmente de tafetan malva.

Gorra llamada *frigia*, de paja de Italia, adornada por una cucarda de terciopelo negro sujeta con una hebilla de acero: esta gorra, de la mas alta novedad, tiene visera y está adornada en su derredor con dos cintas de terciopelo negro: por detrás remata en figura de *ros*, y un poco á un lado lleva un gran lazo de terciopelo negro con las puntas guarnecidas de encaje negro tambien: de la cucarda parte y cae al lado derecho un gran racimo de espigas en forma de pluma.

Guantes paja.

El traje que acabamos de describir nos parece del mejor gusto, para señorita muy jóven, por su gracia y frescura: sin embargo, es de esos que solo sientan bien á una persona esbelta, de formas delicadas y de aire muy distinguido: nada hay tan grotesco como esas gorritas de paja, que ahora ha inventado la moda, colocadas en una cabeza que carezca de gracia; es preciso, en una palabra, saberlas llevar, y nunca aconsejaremos que se las ponga á una persona obesa, ni tampoco de gran estatura, pues parecería un baston con su puño.

FIG. 2.^a—Vestido de mohair ó alpaca gris; el bordé de la falda está orillado por una tira de tafetan punzó; á alguna distancia va colocada otra tira del mismo tafetan cortada por seis puntos hechos con seda negra muy gruesa.

De cada lado de la cintura parte otra banda mas estrecha, de tafetan, que recoge la falda y se anuda gloriosamente, descendiendo en un largo cabo.

Enagua de alpaca igual al vestido, guarnecida al borde por un volante orillado con cinta punzó, y sujeto á tablas en el centro con otra cinta igual.

Cuerpo *guardia francesa* abierto por delante sobre una camiseta de batista, con cuello y puños anchos y lisos; las vueltas de los faldones y de las mangas están forradas en tafetan punzó; un doble lazo, de cinta punzó, sirve de hombrera.

Sombrero de tul blanco bullonado y adornado de puntillas negras: detrás, una preciosa blonda blanca cae sobre el cabello peinado muy bajo, y deja escapar algunos cabos de cinta punzó: el interior del ala está adornado de un bullonado de tul y de un gracioso grupo de amapolas.

Guantes de medio color.

Botas de piel color de ante.

Aquellas de nuestras lectoras que hayan pasado algunos dias en Biarritz, San Juan de Luz, San Sebastian, Deva ó Zaráuz, conocerán cuan rigurosamente está adaptado este precioso traje á las leyes de la moda.

Es elegantísimo para paseos á pié y para estancia en el campo en todo el próximo setiembre y los primeros dias de octubre, tan melancólicos y tan bellos: igualmente sirve para comida siempre que esta tenga lugar, aunque tomen parte en ella muchos convidados, bajo el verde follage de un cenador y con el sencillo servicio adoptado por el buen gusto en los convites de campo.

Inútil es decir que, para sentarse á la mesa, debe despojarse del sombrero la señora ó señorita que lo elija.

FIG. 3.^a—Niño de tres años; vestido de muselina lisa y muy fina, guarnecido por tres volantitos encañonados: al último le sirve de cabeza un entredos bordado; cuerpo ligeramente fruncido y escotado en cuadro, al que sirven de berta otros dos volantitos: de un tercero están formadas las manguitas que llevan por hombreras un lazo mariposa de cinta azul.

Cañidor de glase azul muy anejo, que se anuda en el costado derecho y descende en bandas terminadas por un gran fleco que llega hasta el borde del traje.

Calcetines de hilo de Escocia, y botitas azules.

Nada podemos advertir respecto de este traje infantil; es sencillo, barato y cándido, y bastan estas tres circunstancias para que sea inmejorable, y para estar lleno de gracia y primor.

Aconsejamos á las señoras, que tengan niños pequeñitos, que no pongan pomada en sus lindas cabelleras rubias, ni los peinen con excesivo esmero: el encanto incomparable de la infancia solo necesita de asco, y nada hay mas bonito que los sedosos cabellos de una criatura en su natural desorden.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.